

FELIPE PIGNA

MANUEL
BELGRANO

El hombre del
Bicentenario



Manuel Belgrano

Manuel Belgrano
El hombre del Bicentenario

Felipe Pigna

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Introducción. Belgrano, el hombre del Bicentenario](#)

[El joven Manuel ilustrado](#)

[El programa económico, político y social de Manuel Belgrano](#)

[Un monárquico subversivo](#)

[Cerca de la Revolución](#)

[El general en el Norte](#)

[Entre príncipes e incas](#)

[Los males de la Patria](#)

Pigna, Felipe

Manuel Belgrano : el hombre del Bicentenario / Felipe Pigna. - 1a ed .
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-5216-9

1. Historia Argentina. 2. Biografías. I. Título.

CDD 982

© 2016, Felipe Pigna

Colaboración en la investigación histórica:

Mariel Vázquez y Mariano Fain

Corrección de textos y traducciones: Mariana Pacheco

Transcripción de textos: Soledad Vázquez

Diseño de interior: Orestes Pantelides

Diseño de cubierta:

Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Ilustración de cubierta: Santiago Caruso

Foto del autor: Gentileza Editorial Perfil

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5216-9

A Leiza Brossi, mi compañera

Nada importa saber o no la vida de cierta clase de hombres que todos sus trabajos y afanes los han contraído a sí mismos, y ni un solo instante han concedido a los demás; pero la de los hombres públicos, sea cual fuere, debe siempre presentarse, o para que sirva de ejemplo que se imite, o de una lección que retraiga de incidir en sus defectos. Se ha dicho, y dicho muy bien, que el estudio de lo pasado enseña cómo debe manejarse el hombre en lo presente y porvenir; porque desengañémonos, la base de nuestras operaciones siempre es la misma, aunque las circunstancias alguna vez la desfiguren.

MANUEL BELGRANO

INTRODUCCIÓN

Belgrano, el hombre del Bicentenario

Este libro, como *Mujeres tenían que ser*, nació al calor del pedido de ustedes, mis lectores. Cuando contaba hace unos años que estaba trabajando en un texto sobre San Martín, aparecía la pregunta «¿y Belgrano, para cuándo?» Y bueno, aquí está entonces *Manuel Belgrano*.

Como ocurrió con San Martín, la historia oficial encontró en el homenaje formal de los monumentos, las calles y avenidas, la forma de ignorar a este enorme argentino que no tiene su día en el calendario oficial. El día de su muerte fue instituido como el día de la bandera, símbolo no muy tenido en cuenta por los argentinos más allá de los festejos deportivos. Estamos a tiempo de corregir la cuestión. Podríamos, por ejemplo, modificar la fecha de celebración del día de la industria –que hasta hoy recuerda «la primera exportación argentina al exterior el 2 de septiembre de 1587» y que en realidad se trató de un hecho de contrabando concretado por el obispo Francisco de Victoria–, por el 3 de junio, día del nacimiento del primer promotor de la industria nacional, Manuel Belgrano.

Este joven miembro de una de las familias «más acomodadas» de Buenos Aires bien pudo haber utilizado su título de abogado obtenido en España para tener un buen pasar en Europa o para continuar con los negocios familiares en Buenos Aires, pero decidió ponerse a disposición del cambio de las injustas condiciones de vida, de la modernización de la economía, del impulso de las nuevas ideas en la industria en su tierra, que por entonces estaba muy lejos de constituirse en una nación. Lo hizo en medio de un régimen colonial que iba en exacto sentido inverso a sus intenciones. Pero ese enorme obstáculo, lejos de desanimarlo, pareció estimularlo a dejarnos cada año un plan de gobierno en sus *Memorias del Consulado*. Allí se ocupó de los temas que deberían ocupar a un verdadero estadista: la agricultura, la ganadería, la situación de

los campesinos, las vías de comunicación, las razas ovinas y bovinas más convenientes para nuestro campo, la introducción de nuevos cultivos, el fomento permanente de la industria y sobre todo de la educación, a la que entendía como necesariamente gratuita y obligatoria en igualdad de condiciones para niños y niñas, hombres y mujeres. Su lucha fue no solo la evidente de sus grandes victorias y derrotas militares, sino la cotidiana contra la incomprensión y la enemistad manifiesta que siempre le prodigaron los poderosos, los «partidarios de sí mismos», como él los definió magníficamente.

Fue pionero de nuestro periodismo. Comprendiendo claramente la función didáctica y transformadora de la prensa, participó activamente en el *Telégrafo Mercantil*, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* y el *Correo de Comercio*.

Fue el único funcionario colonial que se negó a prestar juramento a «Su graciosa Majestad» durante las invasiones inglesas y partió a Montevideo a incorporarse a las tropas de Liniers que preparaban la reconquista.

Tuvo un rol protagónico en las acciones político-militares que conducirán a la Revolución de Mayo, en las que tuvo el honor de presentarle al virrey el ultimátum que decidiría su renuncia.

Como vocal de la Primera Junta apoyará las ideas innovadoras de Moreno, pero deberá marchar hacia su primera «misión imposible» al Paraguay, en el transcurso de la cual dictará el «Reglamento para los pueblos de las Misiones», uno de los documentos jurídicos más modernos y revolucionarios de nuestra historia, en el que por primera vez quedan claramente explicitados y garantizados los derechos de los pueblos originarios.

Seguirán su instalación de las baterías *Libertad e Independencia* en las costas del Paraná, y sí, su creación de la escarapela y la bandera; su durísima campaña en el Norte, el glorioso éxodo del pueblo jujeño y las victorias de Tucumán y Salta. Los que exaltan la falta de conocimientos y pericia militar de Belgrano, siempre admitida por él, prefieren destacar sus derrotas en Vilcapugio y Ayohuma.

En su misión diplomática a Londres, Belgrano no dejará de señalar los manejos turbios de Manuel de Sarratea y de responsabilizar a Rivadavia por el rumbo dado a las tratativas.

Planteó, contra la opinión de los «doctores de Buenos Aires», el proyecto de una monarquía constitucional al frente de la cual se imaginaba a un inca. No alcanzaron los calificativos para denostarlo, pero mantuvo su posición, con el apoyo de Güemes y de San Martín, hasta las últimas circunstancias.

Tuvo que volver a hacerse cargo del nuevamente destrozado Ejército Auxiliar del Perú, más conocido como Ejército del Norte, y participar en la guerra civil. Su salud completamente deteriorada lo obligó a retirarse en medio de enormes diferencias con el decadente Directorio. Por todo esto, pienso que Belgrano debería ser considerado el hombre del Bicentenario.

La historia que durante mucho tiempo tuvo el monopolio de la formación de nuestros niños y jóvenes, fue instalando la didáctica de la pobreza, haciendo gala del ejemplo para las futuras generaciones que implicaba la muerte de Belgrano en la más absoluta miseria. Según sus leyes de la obediencia y el ejemplo, no hay nada mejor para los demás que morir pobres. Aprender a morir como se nace, sin disputarles los ataúdes de roble, los herrajes de oro, las necrológicas de pago y las exclusivas parcelas en los cementerios privados, es para ellos una virtud a inculcar. Claro que omiten decir que Belgrano nació rico y que invirtió todo su capital económico y humano en la revolución; que Belgrano no se resignó a morir pobre y reclamó hasta los últimos días de su vida lo que le correspondía: los 13.000 pesos de sus sueldos atrasados, y que se aplicaran a los fines establecidos los 40.000 pesos oro que había donado para la construcción de escuelas. Tampoco nos recuerdan que Belgrano no se cansó de denunciarlos y no ahorró epítetos para con ellos. Ojalá este libro contribuya a que los argentinos conozcan a este hombre extraordinario y que las banderas de Belgrano, la honestidad, la coherencia, la humildad llena de dignidad flameen como él lo hubiera soñado.

Quiero agradecer a toda la gente que me apoyó y estimuló durante la investigación previa y la escritura de este libro. A mi mujer Leiza, a mis hijos Martín, Julián y a Fridita. Al Instituto Nacional Belgraniano, en especial a Diana Valiño y a Martín Dibb. A Diego Arguindeguy por sus sabios aportes. Al personal de Biblioteca Nacional y en especial a la sección hemeroteca. A Juan Pablo Zabala y Mariana Avramo, del Archivo General de la Nación. A Alejandro Santa y todo el personal de la Bi-

biblioteca del Congreso de la Nación. A Carlos Bettini y la gente de la embajada argentina en España. A Lucio Aquilanti, de la librería Fernández Blanco. Al equipo de www.elhistoriador.com.ar, Mariana Pacheco, Mariel Vázquez, Mariano Fain, Lautaro Porras y Sergio Sosa. A Nacho Iraola por la confianza y la amistad, al maestro Alberto Díaz, prócer de los editores argentinos, por la persistencia de la memoria, y a Paula Pérez Alonso por la paciencia.

El joven Manuel ilustrado

Las «luces» de la Ilustración y las sombras del absolutismo se entremezclaban de manera particular allá por 1770.

A diecisiete kilómetros de París, en el palacio de Versalles, la corte francesa celebraba fastuosamente el matrimonio del Delfín, forma zoológica de llamar al príncipe heredero. Luis Augusto, el futuro rey Luis XVI, se casaba con una princesa austríaca de la Casa de Habsburgo, María Antonia Josefa Juana de Habsburgo-Lorena. Para abreviar, la inquieta muchachita pasaría a la historia como María Antonieta y, al igual que su marido, acabaría perdiendo el reino y la cabeza. No los unía el amor, tampoco el espanto. Según la usanza de la época, la boda fue arreglada por sus respectivos y absolutistas padres para cimentar las buenas relaciones entre dos de las grandes potencias europeas para lo cual poco importaba que el novio tuviera 15 años y la novia, 14.

Acatando la estricta etiqueta «real», esa noche la flamante pareja y un selecto grupo de veinte miembros de la realeza permitieron que los demás seis mil aristocráticos invitados los vieran comer. Fuera del palacio, la gran mayoría del «pueblo llano» también ayunaba, eso sí, involuntariamente y no precisamente por razones de protocolo sino para pagar con su miseria esa y otras tantas fiestas cortesanas.

Mientras tanto, en la Inglaterra también monárquica pero al menos parlamentaria, la Revolución Industrial aceleraba el ritmo de los tiempos. El año anterior se habían patentado dos invenciones cuyo desarrollo permitiría la expansión de la producción fabril: James Watt registró su primera máquina a vapor y Richard Arkwright, su hiladora hidráulica *Water Frame*. Estas novedades mejoraban inventos anteriores y respondían a las necesidades de la industria textil inglesa, que ya venía convirtiendo en proletarios (1) asalariados a los antiguos artesanos de hilanderías y tejedurías. La inventiva también brotaba en Francia, donde el ingeniero Joseph Cugnot diseñaba y cons-

truía el primer automóvil a vapor con capacidad para cuatro pasajeros y una asombrosa velocidad de 4 kilómetros por hora. Los periódicos británicos, como *The London Gazette*, se ocupaban de noticias más candentes que llegaban del otro lado del Atlántico: en la puritana ciudad de Boston, las tropas de «Su graciosa Majestad» británica habían disparado sus fusiles contra un grupo de vecinos, con un saldo de cinco muertos. La «Masacre de Boston», producida el 5 de marzo de 1770, marcaba un punto de inflexión en las protestas contra las nuevas cargas fiscales, que en pocos años llevarían al inicio de la lucha por la independencia de las colonias norteamericanas. Practicando la inveterada y perdurable costumbre de que otros paguen los platos que ella rompía, la corona británica había creado nuevos impuestos en 1766, para afrontar el costo de la recientemente concluida Guerra de los Siete Años (1756-1763) con Francia y España que, al igual que las guerras que las enfrentarían luego y que, más allá de los «nobles» objetivos proclamados, había tenido por fin estratégico ampliar los mercados coloniales para la naciente industria inglesa. Ese objetivo imperial se complementaba con expediciones geográficas, a veces disfrazadas de científicas y otras explícitamente de conquista, por todo el planeta. Ese año de 1770, el marino James Cook llegaba a las costas de Tasmania y Australia en Oceanía, reconociendo la que llamó *Botany Bay* (bahía de Botánica), donde luego se asentaría la actual ciudad de Sydney.

En España reinaba un tío Borbón lejano del Delfín francés, Carlos III, un «ilustrado» que despóticamente en aquel año prohibía por real cédula el uso de las lenguas indígenas en sus dominios americanos, lo que provocaría movimientos de protesta en Nueva Granada y en el Perú.

Carlos también se preocupaba por su vasto imperio a fin de preservarlo, exprimirlo lo más posible y consolidar sus fronteras ante la expansión británica. Como resultado del tratado que había puesto fin a la Guerra de los Siete Años, Francia le había cedido a España su colonia norteamericana de Luisiana, que ahora Carlos III intentaba reordenar, al tiempo que buscaba hacer efectiva la ocupación de California, sobre la costa del Pacífico. Como en 1767 había ordenado la expulsión de los jesuitas de todos sus territorios, para crear las misiones que con-

tuviesen a los pueblos originarios en esa vasta región no le quedó más remedio que enviar a frailes franciscanos.

En el otro extremo del continente, las fuerzas españolas estaban guerreando contra los pueblos pehuenche, ranquel, pampa y tehuelche, que resistían tenaz y heroicamente un nuevo avance del imperio hispano en la «frontera sur» a expensas de sus tierras. El tratado de paz que el estanciero y comandante de milicias Manuel de Pinazo firmó en 1770 con los caciques pampa en la Laguna de los Huesos (provincia de Buenos Aires) y el establecido al año siguiente con los pehuenches (que fijó al Bío-Bío como límite sur de Chile) serían acuerdos parciales y temporarios en un enfrentamiento de larga duración. El mismo Pinazo, ese año, atacó a las comunidades tehuelche de la Sierra de la Ventana.

También la rivalidad entre España e Inglaterra se hacía sentir en el extremo sur de América. Enviado por el gobernador Francisco de Paula Bucarelli, en enero de 1770 zarpó de Buenos Aires el capitán José Goicochea en una expedición para reconocer las costas patagónicas y, desde allí, emprender el viaje a las Malvinas, donde subrepticamente los ingleses habían establecido el apostadero de *Port Egmont* (Puerto de la Cruzada en la cartografía española), en la pequeña isla Trinidad (*Saunders*, en los mapas ingleses). Goicochea desalojó a los intrusos, que regresarían dos años después y finalmente abandonarían el lugar en 1774.

Sin embargo, no todo eran muestras de expansión imperial y colonialismo. En 1770 aparecieron dos libros que mostraban las «luces» de la Ilustración: *Sistema de la naturaleza*, del alemán Paul Henri Thiry, barón de Holbach (1723-1789), y las *Confesiones*, del ginebrino Jean-Jacques Rousseau. (2) Al mismo tiempo, continuaba la publicación de los 35 tomos de la *Enciclopedia, o diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*, iniciada en 1751 y que se completaría en 1772. (3) Holbach y Rousseau habían colaborado en esta gran obra del pensamiento ilustrado dirigida por Denis Diderot (1713-1784) y Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783). Claro que todos estos escritos de inmediato pasaron a engrosar las largas listas del *Índice de libros prohibidos* por la Iglesia católica, cuya jerarquía era celosa custodia ideológica y beneficiaria directa del absolutismo. Esto no impedía que muchos fieles, incluido más